

amigos de París, aquí pasamos tranquilamente la vida sin más emociones que la de ver pasar el barco de vapor, ni más discusiones que la que suscita la colocación de un jalón mejor ó peor situado para trazar una carretera. Si no consiste en esto la felicidad, por lo menos es un grato reposo después de tantas tempestades.»

El príncipe fingía participar de la filosofía de su madre en el momento mismo en que preparaba un complot insensato en fuerza de ser audaz. Obraba bajo la presión de una especie de fatalidad misteriosa é irresistible que le empujaba al abismo. El 24 de octubre de 1836, anunció tranquilamente á su madre que al día siguiente saldría de Arenenberg muy temprano para ir á cazar unos cuantos días al principado de Echingen. Al darle las buenas noches pensaba que tal vez la abrazaba por última vez; pero en aquella época tenía ya tal imperio sobre sí mismo y tal facultad de disimulo, que, á pesar de ser hijo tan cariñoso, no dejó traslucir la menor emoción á su impasible rostro.

XIII

ESTRASBURGO

Scribe y Meyerbeer debieron pensar en Luis Napoleón al componer el segundo acto de *El Profeta*. Juan de Leyde besando á su madre dormida hace recordar al joven príncipe saliendo de Arenenberg sin dar á conocer sus proyectos á la reina Hortensia y sin despedirse de ella. Como el profeta, Luis Napoleón ha escuchado á unos hombres que murmuraban: «¡Y la venganza! ¡Y la esperanza!» Así como el profeta, ha tenido una visión, y una voz interior, secreta, misteriosa, le ha dicho: «¡Tú reinarás!»

Dejemos que el príncipe describa lo que sintió al partir: «Ya sabéis qué pretexto alegué para partir de Arenenberg; pero lo que no sabéis es lo que pasaba entonces en mi corazón. Basado en mi convicción que me hacía considerar la causa napoleónica como la única nacional en Francia y la única civilizadora en Europa, orgulloso de la nobleza y pureza de mis intenciones, estaba resuelto á enarbolar el águila imperial ó á perecer víctima de mi fe política.

»Emprendí la marcha, yendo en mi carruaje por el mismo camino que recorrí tres meses antes para ir á Unkirck y á Baden: todo seguía lo mismo en torno mío; pero ¡qué diferencia en las impresiones que me animaban! Estaba entonces alegre y sereno como el día que me iluminaba; hoy, triste y pensativo, mi ánimo había adquirido el tinte del aire brumoso y frío que me rodeaba. Se me preguntará sin duda qué me obligaba á abandonar una existencia tranquila y feliz para correr todos los riesgos de una empresa aventurada. A eso contestaré que una voz secreta me empujaba, y que por nada en el mundo habría querido dejar para otra ocasión una tentativa que me parecía presentar tantas probabilidades de éxito.»

Estas probabilidades de éxito no existían más que en la imaginación del príncipe. Había ganado á su causa al coronel Vaudrey, jefe del cuarto regimiento de artillería en Estrasburgo, al comandante Parquín, jefe de escuadrón de la guardia municipal, que estaba con licencia, y á unos cuantos oficiales jóvenes á los cuales prometió honores y dinero. Según lo ha dicho M. Thureau-Dangin: «con estos solos medios, un joven de veintiocho años, desconocido, sin pasado, se proponía derribar una monarquía en plena seguridad y prosperidad, y apoderarse de Francia, que no tan sólo no le había llamado, sino que ni siquiera pensaba en él.» Citemos también este párrafo de las Memorias de Guizot: «Así el

ejército como el pueblo desconocían en Francia al príncipe Luis; nadie le había visto; nunca había hecho nada; algunos escritos sobre arte militar, sus *Ensueños políticos*, un *Proyecto de Constitución* y los elogios de varios periódicos democráticos no eran por cierto grandes títulos para aspirar al favor público y al gobierno de Francia. Tenía su nombre, pero su nombre hubiera sido estéril á no poseer una fuerza oculta y puramente personal: fe en sí mismo y en su hado.»

Lo que domina en el complot de Estrasburgo es el fanatismo del sectario. Desde el punto de vista psicológico, quizás no haya documento más sugestivo que el relato enviado por el mismo príncipe á su madre, relato escrito con el estilo de un iluminado. Ningún comentario sobre la disposición de ánimo y el carácter del futuro emperador podría ofrecer tanto interés como el capítulo de un libro de historia y como el episodio de un poema. Redactado en alta mar, al rumor de las olas, bajo el ecuador, ese relato apasionado se parece al prólogo de un drama donde se encuentran los contrastes más imprevistos y las vicisitudes más extrañas.

El 27 de octubre de 1836, Luis Napoleón llegaba á Lahr, pequeña población badense, donde aguardaba noticias; habiéndose roto el eje de su carruaje, tuvo que detenerse un día en aquella población. El 28 por la mañana volvía sobre sus pasos, cruzaba por Friburgo, Neubrissach y Colmar, y á las once de la noche llegaba á Estrasburgo, donde se alojó en una reducida habitación de la calle de la Fuente, alquilada de antemano para él. Al día siguiente, 29, veía al coronel Vaudrey y sometía á su aprobación el plan de operaciones. El complot debía ponerse en ejecución el 30, y reunirse los conjurados aquella tarde en dos habitaciones de la planta baja de una casa de la calle de los Huérfanos.

«El 29, á las once de la noche, sigue diciendo el príncipe, vino á buscarme un amigo á la calle de la Fuente para llevarme al punto de reunión general. Atravesamos toda la ciudad iluminada por la luz de la luna; consideré aquel buen tiempo como un agüero favorable para el siguiente día; miraba con atención los sitios por donde pasaba, y el silencio que reinaba me producía viva impresión: ¿qué reemplazaría al día siguiente á este silencio?»

Su temperamento de jugador se complacía de antemano en los riesgos que iba á correr. Exaltábase su imaginación, y creía obedecer á un deber imperioso. Mientras iban de la calle de la Fuente á la de los Huérfanos decía á su compañero: «He querido que el ejército inicie la revolución para evitar las turbulencias que á menudo acompañan á las sublevaciones populares; pero ¿qué confianza, qué profunda convicción se debe tener con respecto á la nobleza de una causa para afrontar, no ya los peligros que vamos á correr, sino la opinión pública que se cebará en nosotros, que nos abrumará con sus censuras si nuestra empresa se malogra! Y sin embargo, tomo á Dios por testigo de que si me expongo á perder el aprecio de mis conciudadanos, que estimo en más que la vida, no es por satisfacer una ambición personal, sino porque creo que tengo una misión que desempeñar.»

Llegado á la casa de la calle de los Huérfanos, el príncipe encontró en ella á los conjurados: M. de Persigny, los comandantes Parquín y de Bruc, los tenientes Laity y de Querelles y el conde de Gricourt. Les dió las gracias por su abnegación, y añadió que desde aquel momento ellos y él participarían de la buena y de la adversa fortuna. Trajeron un águila: era la que había pertenecido al séptimo regimiento de línea; el águila de Labedoyère, según dijeron, y cada cual la estrechó con emoción contra su corazón.

Oigamos el relato del príncipe: «¿Qué larga nos pareció la noche! Yo la pasé escribiendo mis proclamas, que no quise hacer imprimir de antemano por temor de una indiscreción. Estaba convenido que permaneceríamos en aquella casa hasta que el coronel Vaudrey me avisara que podía pasar al cuartel. Contábamos las horas, los minutos, los segundos; la hora prefijada era la de las seis de la mañana. Cuán difícil es expresar lo que se siente en tales circunstancias; se vive en un segundo más que en diez años; porque vivir es hacer uso de nuestros órganos, de nuestros sentidos, de nuestras facultades, de todas las partes de nosotros mismos que nos comunican el sentimiento de nuestra existencia, y en tan críticos momentos nuestras facultades, nuestros órganos, nuestros sentidos, sobre manera exaltados, están concentrados en un solo punto; es la hora que debe decidir de nuestra suerte, y se adquiere ánimo cuando uno puede exclamar: «Mañana seré el libertador de mi patria ó pereceré en la demanda.» Vencer ó morir: tal había sido su divisa, y sin embargo, el destino no iba á concederle la victoria ni la muerte. Lleno de ilusiones extrañas, se imaginaba que su empresa sería una nueva edición del regreso de la isla de Elba, y que le bastaría presentarse para poder decir como César: *Veni, vidi, vici*. Después de semejante sueño, el despertar había de ser terrible.

El cuartel del cuarto regimiento de artillería, mandado por el coronel Vaudrey, se llamaba cuartel de Austerlitz, nombre de feliz presagio en concepto del príncipe. «Por fin dieron las seis; jamás habían repercutido los sonidos de un reloj tan violentamente en mi corazón, y un momento después los toques de la corneta del cuartel de Austerlitz vinieron á acelerar sus latidos. El gran momento se acercaba.»

El príncipe recibió aviso de que el coronel Vaudrey le aguardaba. Salió á la calle, acompañado de M. Parquín que vestía uniforme de general de brigada, y de un jefe de batallón que llevaba un águila. El mismo príncipe llevaba uniforme de artillería con un sombrero de oficial de Estado mayor.

El regimiento estaba formado en orden de batalla en el patio del cuartel. El coronel Vaudrey desenvainó su sable, y exclamó: «¡Soldados del cuarto regimiento de artillería! En este momento se verifica una gran revolución: ante vosotros tenéis al sobrino del emperador Napoleón, que viene para reconquistar los derechos del pueblo; el pueblo y el ejército pueden contar con él. Todos cuantos aman la gloria y la libertad de Francia deben correr á agruparse en torno suyo. Soldados: comprenderéis, lo propio que vuestro jefe, toda la magnitud de la em-

presa que vais á acometer, toda la santidad de la causa que vais á defender. ¡Soldados! ¿El sobrino del emperador puede contar con vosotros?» Contestáronle con gritos de «¡Viva Napoleón! ¡Viva el emperador!» El príncipe tomó entonces la palabra: «Resuelto á vencer ó morir por la causa del pueblo francés, he querido que seáis los primeros ante quienes me presento, porque entre vosotros y yo median grandes recuerdos: en vuestro regimiento el emperador mi tío sirvió como capitán; con vosotros adquirió gloria en el sitio de Tolón, y vuestro bravo regimiento le abrió las puertas de Grenoble á su regreso de la isla de Elba. ¡Soldados! El destino nos tiene reservados nuevos y grandes hechos: para vosotros la gloria de comenzar una grande empresa; para vosotros el honor de ser los primeros en saludar el águila de Austerlitz y de Wagram.» Luis Napoleón cogió entonces el águila que llevaba M. de Querelles, y presentándola á los soldados, exclamó: «He aquí el símbolo de la gloria francesa, llamado también á ser el emblema de la libertad; por espacio de quince años ha guiado á nuestros padres á la victoria, ha brillado en todos los campos de batalla, ha atravesado por todas las capitales de Europa. ¡Soldados! ¿No os agruparéis alrededor de este noble estandarte que confío á vuestro honor y á vuestro denuedo? ¿No marcharéis conmigo contra los traidores y los opresores de la patria, al grito de ¡viva Francia!, ¡viva la libertad!» Los artilleros aclamaron al príncipe y se pusieron en marcha con la música á la cabeza. Un piquete de soldados pasó á la imprenta para hacer publicar las proclamas, y otro á casa del prefecto para prenderle; á otros seis se les encargaron varias misiones, y el príncipe, que sólo disponía ya de una parte de sus tropas, llegó á casa del general Voirol, comandante de la división militar. «General, le dijo, me presento aquí como amigo; sentiría mucho tener que enarbolar nuestra antigua bandera tricolor sin el concurso de un bravo militar como vos; la guarnición está á mi lado; decidíos y seguidme.» El general contestó: «Príncipe, os han engañado y ahora mismo os lo voy á probar.» Entonces Luis Napoleón se marchó, dejando un piquete para custodiar al general; en seguida entró por una callejuela en el cuartel Finckmatt, donde estaba alojado el regimiento de infantería de línea número 46. Allí le esperaba una decepción completa. El teniente coronel Talandier rechazó todas las tentativas; el coronel Paillot y varios oficiales entraron guiando á los soldados contra el príncipe; echáronse sobre él, le desgarraron la ropa, le arrancaron sus insignias y le llevaron preso al cuerpo de guardia. «Príncipe, le dijo entonces el comandante Parquín, uno de sus cómplices, nos fusilarán, pero moriremos como valientes. — Sí, contestó Luis Napoleón, se nos ha frustrado esta noble y hermosa empresa.» Le trasladaron en seguida á la cárcel nueva: «Aquí estoy entre cuatro paredes, dijo, defendidas con rejas, en el encierro de los criminales. ¡Ah! Los que saben lo que es pasar de golpe del exceso de la ventura que proporcionan las más nobles ilusiones, al exceso de la miseria, que no deja esperanza alguna, y atravesar ese inmenso intervalo sin haber tenido un momento para prepararse, comprenderán lo que pasaba en mi corazón.»

Los conjurados se volvieron á ver en el tribunal; como los fanáticos, no se arrepentían de su insensata empresa. «Príncipe, dijo M. de Querelles, á pesar de nuestra derrota, estoy orgulloso de lo que he hecho »



Guizot. — Copia de un retrato pintado por Pablo Delaroche

Luis Napoleón sufrió un interrogatorio al que contestó con calma imperturbable.

— ¿Qué os ha impulsado á obrar como lo habéis hecho?

— Mis opiniones políticas y mi afán de volver á ver mi patria, de la que me había arrojado la invasión extranjera. En 1830 solicité que se me considerara

como simple ciudadano; me trataron como pretendiente: pues bien, me he portado como pretendiente.

- ¿Queríais instalar un gobierno militar?
- Quería establecer un gobierno basado en la elección popular.
- Y si hubierais vencido, ¿qué habríais hecho?
- Reunir un congreso nacional.

Luis Napoleón añadió que como él lo había organizado todo por sí solo y era el único que había arrastrado á sus cómplices, él solo debía asumir toda la responsabilidad, pagando con su cabeza.

Después del interrogatorio se le llevó otra vez á la cárcel. «Me eché en una cama que me habían preparado, dice, y á pesar de mi pesadumbre, el sueño, que mitiga las penas dando tregua á los dolores del alma, vino á calmar mis sentidos; el reposo no huye de la desgracia; únicamente el remordimiento es el que no deja descansar. Pero ¡qué agitado fué aquel sueño! Creía haber tenido una horrible pesadilla; la suerte de las personas comprometidas era lo que me preocupaba más.»

En la noche del 10 de noviembre avisaron al príncipe que iban á trasladarlo á otra prisión; salió y encontró al general Voirol y al prefecto, que le hicieron subir á su carruaje sin decirle adónde le llevaban. Al llegar á la prefectura, vió dos sillas de posta enganchadas; le hicieron subir á una con dos oficiales de gendarmería, y cuatro sargentos ocuparon la otra. A las dos de la madrugada del día 12 los dos coches llegaron á París. El príncipe pasó dos horas en la prefectura en una sala de la que hablaremos después; á las cuatro de la mañana emprendía de nuevo la marcha con buena escolta, y en la noche del 13 al 14 de noviembre llegaba á la ciudadela de Port-Louis cerca de Lorient, donde pasó algunos días antes de embarcarse para los Estados Unidos.

La reina Hortensia había acudido á Francia, con nombre supuesto, para pedir el perdón de su hijo. Su gestiones eran inútiles, porque el gobierno había adoptado ya la resolución de enviar al príncipe en una fragata del Estado á Nueva York, donde quedaría en libertad.

Según parece, Luis Napoleón había tenido en su complot, además de verdaderos cómplices, otros que lo eran á medias. Dícese que ciertos hombres se habían arreglado de modo que podían eludir todo compromiso en caso de malogro, y hacer valer sus méritos en caso de buen éxito. Si el príncipe hubiese arrastrado en su seguimiento á toda la guarnición de Estrasburgo y marchado con ella á París, probablemente se le habrían unido por el camino muchos oficiales y soldados; mas para lograrlo era menester tener buen resultado al principio, y por más que se haya dicho después, la cosa era casi imposible. Para realizar un prodigio como la vuelta de la isla de Elba, era forzoso haber alcanzado innumerables victorias, y el sobrino del emperador no había conseguido ninguna. Se hizo las mismas ilusiones que se había hecho la duquesa de Berry; su empresa, como la de la madre del duque de Burdeos, fué asunto de imaginación.

«El gobierno, ha dicho M. Guizot, entiende que el sobrino de Napoleón, lo propio que la nuera de Carlos X, no debía ser entregado á los tribunales; en semejante proceso todo era de temer: la humillación de un príncipe, la presentación ostentosa de un pretendiente, el rigor de una condena ó el escándalo de una absolución. Así pues, nada de causa judicial. El recuerdo de Blaye era demasiado reciente para que no se sintiera el embarazo de una detención arbitraria.» Por una extraña anomalía, se persiguió á los cómplices del príncipe, mientras que éste, autor principal del complot, no fué perseguido. Él mismo quedó maravillado de la clemencia del rey; pero al mismo tiempo que reconocía la generosidad del gobierno con respecto á él, expresaba en una carta dirigida á M. Odilón Barrot el 14 de noviembre su sentimiento por no poder compartir la suerte de los demás conjurados. En la misma carta hacía esta confesión: «Estábamos muy lejos de pensar en que se nos perdonase, en caso de haberse malogrado nuestra empresa.»

En resumen, la intentona de Estrasburgo no había producido en Francia y en el extranjero otra sensación que la de una gran sorpresa. Así lo consigna el conde de Sainte Aulaire en sus Memorias inéditas: «Las pretensiones del príncipe Luis eran asunto de burla; jamás he encontrado á nadie que se tomara la pena de discutir las.» El fracaso había sido completo, y se le creía irremediable. Nadie podía figurarse que llegara á sonar la hora del desquite para el vencido de Estrasburgo.